



Nación, Estado y Cultura en América Latina

Alejandra Castillo, Eva Muzzopappa, Alicia Salomone, Bernarda Urrejola y Claudia Zapata (Editoras). Artículos de Grñor Rojo, Alicia Salomone, Claudia Zapata, Carlos Ruiz, Bernardo Subercaseaux, Kemy Oyarzún, Vasco Castillo, José Luis Martínez, Nelson Martínez, Viviana Gallardo, Adrián Baeza, Paula Miranda, Eva Muzzopappa, Natalia Cisterna. Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Serie

Carlos OSSANDÓN B.*

Habría que aceptar que la tradición anglosajona de los “estudios culturales”, junto a los análisis que en esta perspectiva global vienen haciendo autores latinoamericanos y otros “subalternos”, no puede ser desconocida. Menos aún en unos escenarios como los actuales que deshacen viejas relaciones y códigos, remueven determinadas cristalizaciones o significaciones políticas y culturales, desafiando nuestras categorías o marcos de comprensión del mundo. La necesidad de problematizar disciplinas o cánones (John Berverley), de examinar sujetos y objetos poco apreciados por ciertas comunidades hermenéuticas, de provocar distintos cruces y apropiaciones teóricas, de volver a ver los modos como se ejerce el poder, así como la exigencia de abrir los lugares de la crítica y de lo que usualmente se concibe como cultura (Grñor Rojo), son algunos de los desafíos que este campo de estudio, no sin discusiones y dispersiones, ha venido asumiendo cual “síntoma” de las

* Profesor Instituto de la Comunicación e Imagen. Universidad de Chile.

actuales mutaciones o crisis. (cfr. Mabel Moraña: *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*. Editorial Cuarto Propio, Chile, 2000).

El texto que presentamos, estimulado por éstas y otras perspectivas situadas en ámbitos más acotados (el de los modelos estatales en Carlos Ruiz y Vasco Castillo, por ejemplo), se plantea reexaminar aquellas bases o discursos que han buscado constreñir lo nacional o las identidades, apelando para ello a unos paradigmas que ciertas tradiciones, como las liberales y conservadoras, a ratos diferenciadamente, a ratos al unísono, vienen fijando desde el siglo XIX en América Latina. El presente texto se atreve, pues, a enfrentar, articulando distintas entradas y visiones, unos engranajes y “naturalizaciones” que se remontan muy atrás, que han tomado diferentes modulaciones, y que hoy cobran renovada fuerza en un mundo que parece concebirse sin mayores alternativas como definitivamente “globalizado” y “post” en no pocos sentidos.

No es ciertamente un dato menor que los autores, que exhiben formaciones y sensibilidades distintas (hay que insistir en este punto), sustenten sus análisis en investigaciones rigurosas, pacientes y en curso; investigaciones tan atentas a las fuentes de “primera mano” como a sus “marcos conceptuales”. Este “dato” hace que el presente texto no se sienta aludido —y con razón— por ciertas aprensiones, no siempre ilegítimas, que han recaído sobre los “estudios culturales” por parte de intelectuales algo más “disciplinados”. Por otra parte, es este sesgo “heurístico” y no meramente “declarativo”, una de las condiciones que hace que el texto se instale desde la partida y sin equívocos en un registro que nada tiene que ver ni con un cierto ánimo defensivo, al límite ahistórico, de una supuesta “identidad” latinoamericana impoluta al acecho de contaminaciones, ni con nostálgicos *locus* o esquemas mentales que resuelven de antemano, y a veces sin investigación (como denunció hace tiempo Jean Paul Sartre pensando en un marxismo estancado o perezoso), los duros problemas que trae el capitalismo globalizado, ni tampoco por otra parte con una suerte de “crónica postmodernista”, algo repetitiva, condescendiente y consignista en sus narraciones.

Más allá pues de *a priori* culturales, de inercias ideológicas o de unos enunciados asumidos como meros tópicos, *Nación, Estado y Cultura en América Latina* (que es el título del texto que ocupa nuestra atención), opta por el camino difícil o de largo aliento, incómodo, "gris, meticoloso y pacientemente documentalista" podríamos decir citando a Foucault, seguramente nunca "satisfecho" de sus resultados y que no teme "ensuciarse las manos" con unas "particularidades" que pudiesen intranquilizar ciertas cristalizaciones de saber-poder. En su recorrido efectúa distintos desplazamientos, como si la idea de "trascordura" (de cordura en movimiento, hay que decir) que destaca el artículo de Adrián Baeza, se realizase también en este texto y no tan sólo en la poética de Gabriela Mistral.

Estos desplazamientos van mostrando algunas de las distintas circunstancias, coyunturas teóricas y "rostros" que han venido definiendo las relaciones o conflictos entre cultura y modernidad en América Latina. En el prólogo, las editoras se encargan de ordenar los artículos que componen la obra. "Estos artículos —dicen— han sido organizados a partir de una lógica que sitúa en primer lugar una discusión actual en torno a los conceptos de Estado y nación" (p. 10). Para luego, examinar modalidades más específicas de construcción discursiva, como un modo complementario de revisar estos conceptos y relaciones.

El texto no se reduce, sin embargo, a esta clasificación y esto los autores lo saben. En los artículos hay ciertamente más "dinamita" que la que podría proporcionar un simple afán taxonómico, por útil o pertinente que éste sea. El texto intenta, en efecto, proporcionar nuevas o remozadas "claves de acceso" (p. 7) a los debates contemporáneos sobre globalización y cultura. Estas "claves" son particularmente sensibles a aquellas "diferencias" que han operado históricamente en desventaja, como lo recuerda Bernardo Subercaseaux a propósito de la cuestión indígena y Kemy Oyarzún en las construcciones de género, invitándonos a concebir unas estructuras no homogeneizadoras en el primer caso y nuevos pactos e imaginarios en el segundo caso. Además, las claves propuestas están bastante conscientes de la discusión latinoamericana más actual, y consecuente-

mente advertidas del agotamiento de unas perspectivas “sociologistas” podríamos decir, que hicieron “furor” en las décadas de 1960 y 1970 principalmente. Estas “claves” rescatan ahora unas dimensiones propiamente “culturales” y constituyentes, insuficientemente apreciadas por esas perspectivas, y que ya nada tienen que ver con las viejas “superestructuras”.

Puestas así las cosas, destaca la revisión del concepto de “nación” que llevan a cabo Grñnor Rojo, Alicia Salomone y Claudia Zapata en abierta polémica con pensadores postcolonialistas como Spivak y Bhabha. A través de un análisis pormenorizado, y no menos valiente por los equívocos a los que se exponen, los autores literalmente “arracan” el concepto de “nación” del uso que vienen haciendo de él ciertos críticos de la postcolonialidad, para permitirle una nueva vida, ahora bajo otras condiciones y propósitos. Colaboran a esta revisión y ampliación, los análisis que emprenden José Luis Martínez, Viviana Gallardo, Nelson Martínez, Eva Muzzopappa y Claudia Zapata. Se trata de estudios que buscan “desprender” a sujetos culturales específicos, tales como rotos, cholos, gauchos, indios o mapuches, de las representaciones o escenificaciones que los poderes han venido construyendo en contextos espaciales y temporales distintos. Estos esfuerzos de “desprendimiento”, de tanto peso o “carga” históricamente sedimentada (pensemos un minuto en ese lamentable camello que Nietzsche describe en su *Zarathustra*), se proyectan en las revisiones que en el campo literario efectúan Adrián Baeza, Paula Miranda y Natalia Cisterna, quienes también a su modo hacen pulular unas otredades (unos fantasmas, unas pulsiones, unas pertenencias, unas oralidades) igualmente “arrancadas” de formalizaciones racionalistas, hegemonías escriturarias, patriarcados, nacionalismos y olvidos.

No habría que ver en estos análisis sustentos o anclajes fijos, lugares o distancias definitivas desde las cuales objetivar y criticar los distintos giros que toma la modernidad. Mejor sería concebirlos como “apuestas” que abren y no cierran el debate; o como visiones que reponen unos escenarios, el de Chile en el concierto latinoamericano por ejemplo, que los iceberg y otras arrogancias recientes quisiesen

negar; o como la problematización de aquellas condiciones (contractuales y públicas) capaces de facultar nuevos posicionamientos políticos; o como la evocación de unas tradiciones o la construcción de unos saberes o resignificaciones que puedan materializar la exigencia kantiana o moderna de pensar por cuenta propia. A propósito de esto último, se podría sostener que los desplazamientos descritos tienen como horizonte utópico la revisión de las homogeneizaciones en la que han incurrido aquellos artefactos llamados Nación o Estado, así como la rearticulación —y éste parece ser un factor decisivo aunque no exento de algunas tensiones— de una “modernidad” (primer énfasis) “multicultural” (segundo énfasis), aún pendiente en América Latina.

Es igualmente claro que el presente texto no se apoya ni se valida en unas especificidades situadas enigmáticamente fuera de dispositivos o discursos. Más que ocuparse de “realidades”, los autores están interesados en examinar o desmontar “representaciones”, en el entendido que éstas son algo más que medios exteriores a sus objetos. Esto se traduce en la voluntad —sin duda muy oportuna— de revertir una de las *aporías* que se ha dado en el pensamiento latinoamericano, que ha persistido en una cierta disociación o fractura entre lo socialmente elaborado y las arremetidas o compulsiones de la modernidad o de la “civilización” (piénsese en la tradición del *Facundo* de Sarmiento). El texto procura antes bien recomponer relaciones, reinstalar vasos comunicantes, historizar, cruzar distintos *ethos*. Sin dejarse seducir sin más por dinámicas actuales, pero tampoco fuera de ellas, no está ciertamente dispuesto a renunciar a la asunción reflexiva o crítica de condiciones que sabemos complejas, que suponen distintas y pacientes diligencias, y que no son reductibles, como señaló Gaston Bachelard en otro plano, a factores generales de “unificación fácil”.

Es claro, por otra parte, que el presente trabajo, sin concebirse como *ultima ratio*, alienta interrogantes que son correlativos con ese espíritu. Cabe preguntarse, por ejemplo, si la metáfora martiana que selecciona el texto: aquella que propone injertar en nuestras repúblicas el mundo advirtiéndolo sin embargo que el tronco ha de ser el de nuestras

repúblicas, presente en el texto *Nuestra América* de 1891, es útil para unos esfuerzos que no se apoyan en factores algo “autárquicos” y telúricos, como podrían ser la figura del “tronco” como “sustancia” y la del “injerto” como “accidente” (en una línea lejanamente similar reflexiona Julio Ramos). Este modo de pensar, que en Martí viene legítimamente a contestar a los “políticos exóticos” de su tiempo o a frenar los desbordes de “gigantes que llevan siete leguas en las botas”, no calza a nuestro modo de ver con esa reposición no dualista de relaciones eminentemente históricas por un lado, y no telúricas sino modernas por el otro, características ambas del texto que examinamos.

Cabe igualmente preguntarse si no afecta la capacidad de interpelación que tan refrescantemente exhibe el texto, ciertas ausencias que tienen que ver con unas subjetividades, o lo que quede de ellas, estimuladas por los escenarios massmediáticos, y que también exhiben sus propias pluralidades o “diferencias”. Habría sido interesante ver cómo comparecen ante las principales opciones del texto ciertas subculturas juveniles, también la salsa o el rock urbano, así como ese “espectador disipado” que le resta importancia a lo que ve, lúcidamente avizorado por Walter Benjamin, por poner algunos ejemplos; subjetividades que no poseen el “aura” y a veces ni siquiera la historia de las identidades más “clásicas”, y que no son ajenas a las preocupaciones de los “estudios culturales” precisamente. No son éstas las únicas preguntas que se pueden continuar formulando a un trabajo que, cual “obra abierta”, invita a ellas. La cuestión del “multiculturalismo” o la confluencia de “diversidades”, más o menos latente como utopía en algunos de los artículos del texto que presentamos, queda como discusión pendiente, más todavía cuando se constatan algunas sutiles diferencias entre los autores.

En la base, sin embargo, de estas aperturas, o incluso deudas, se sitúa un “gesto” crítico que es justo destacar. Dicho “gesto” no sólo vuelve a tematizar o, mejor aún, a transformar en “problema” las complejas y cambiantes relaciones entre cultura y modernidad (y que hoy se expresan con particular agudeza), demarcándose de planteamientos poco advertidos de las distintas historicidades y densidades

que circulan por América Latina; este "gesto" tiene que ver también con análisis que, a partir de la potenciación de los estudios etnográficos o del carácter encarnado o incorporado de los conocimientos por ejemplo, pueden reconocerse como epistemológicos, en la medida que se apartan o encaran ciertos universalismos o generalidades presentes en algunos ámbitos de las humanidades o de las ciencias sociales. Es lo que se puede prever de la lectura, compartida por varios autores, de la compilación de Edgardo Lander relativa a colonialidad y eurocentrismo en el plano de los saberes.

De un modo más nítido aún, el "gesto" indicado se confunde con el propósito de remover ciertos inmovilismos políticos, asociados tal vez a visiones que refuerzan el carácter inevitable de las instituciones que se dan en estos dominios. Este "gesto" no es tan solo manifestación de una voluntad: supone la puesta a punto de ciertas concepciones o modelos políticos, cuestión que permite nuevas lecturas del pasado republicano, *aggiornar* las herramientas conceptuales y también las condiciones para la participación ciudadana. Hacen particularmente visible esta línea de análisis los artículos de Carlos Ruiz y Vasco Castillo. Podríamos terminar diciendo, inspirándonos en una asociación establecida por Pierre Bourdieu, que las aperturas o críticas epistemológicas indicadas forman una unidad o al menos no son fácilmente disociables de las aperturas o críticas políticas del texto. A su vez, estas últimas proyectan bien una de las más fértiles tradiciones republicanas, característica de la Universidad de Chile.